

www.elboomeran.com

Isabel Fonseca

Enterradme de pie

La odisea de los gitanos

Traducción de José Manuel Álvarez Flórez



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:

Bury Me Standing
Chatto & Windus
Londres, 1995

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

Ilustración: foto © Peter Turnley / CORBIS / Cordon Press

Primera edición: septiembre 2009

© De la traducción, José Manuel Álvarez Flórez, 1997

© Isabel Fonseca, 1995

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2009

Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-2585-5

Depósito Legal: B. 27331-2009

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

*Para mi hermano Bruno
1958-1994*

AGRADECIMIENTOS

Este libro es el resultado de muchas visitas, largas y breves, a la Europa centrorienta (a Albania, Bulgaria, la antigua Checoslovaquia, Alemania, Moldavia, Polonia, Rumania y la antigua Yugoslavia) entre 1991 y 1995. Me gustaría dar las gracias (más o menos alfabéticamente) a Igor Antip, David Binder, Holly Cartner, Marcel Courtiade, la familia Duka, Rajko Djurić, James Dufton, Moris Farhi, Edmund Fawcett, Angus Fraser, Andreas Freudenberg, Nicolae Gheorghe, Gabrielle Glaser, Ian Hancock, Herbert Heuss, Milena Hübschmannová, Elena Marushiakova y Vesselin Popov, Tom Porteous, Pete Mercer, Luminitsa Mihai, Sybil Milton, Andrzej Mirga, David Mulcahy, Ljumnja Osmani, Livia Plaks, Carol Silverman, Jeremy Sutton-Hibbert, Martine Tassy, Corin Trandafir, Rachel Tritt, Larry Watts, Ted Zang e Ina Zoon.

Tengo una deuda especial con Donald Kenrick, coautor de un estudio innovador, *The Destiny of Europe's Gypsies*, que a lo largo de cuatro años me fue haciendo pacientes comentarios sobre mis ideas e impresiones y leyó finalmente todo el libro en manuscrito. Y debo dar las gracias a Mick Imlah, Richard Cornuelle, John Ryle, Martin Amis y Michael Glazebrook, que también leyeron y mejoraron este libro en su versión mecanográfica.

He cambiado algunos nombres en el texto. No siempre doy apellidos. Éstos no fueron facilitados en muchas ocasiones por razones diversas.

Cambié los nombres de las personas cuando me pidieron que no las identificase y también cuando me pareció que no se daban cuenta en realidad de que lo que contaban podrían leerlo desconocidos. Nunca oculté mis notas, ni el que fuese probable que se reprodujeran y publicaran, pero éste es uno de los dilemas que se plantean al escribir sobre un pueblo mayoritariamente analfabeto: ¿qué podía significar esa declaración de intenciones para muchos de los roma analfabetos y aislados que encontré? Pido perdón a todos los mencionados que hubiesen preferido el anonimato.

DE LA BOCA DE PAPUSZA: UN CUENTO PREVENTIVO

Aunque su verdadero nombre era Bronisława Wajs, se la conoce por su nombre gitano, Papusza: «Muñeca.» Fue una de las cantantes y poetas gitanas más grandes que ha habido y, durante un tiempo, una de las más famosas. Vivió toda su vida en Polonia y cuando murió, en 1987, no se enteró nadie.

La familia de Papusza, como la mayoría de los gitanos polacos, era nómada, parte de un *tabor* o grupo de familias que viajaban a caballo y en carromatos, con los hombres delante y las mujeres y los niños detrás en carros abiertos. Algunas de las familias más ricas tenían carromatos de cubierta sólida con tallas complejas y ventanas estrechas con cristales, a veces romboidales y con marcos de madera pintados. Podía haber hasta veinte carromatos en el *tabor*. Hombres, mujeres, niños, caballos, carros, perros: hasta mediados de la década de 1960 se mantuvieron en marcha, bajaban de Wilno, a través de los bosques orientales de Volhynia (donde esperaron que se acabara la guerra miles de gitanos polacos), hasta las montañas de Tatra, en el sur. En esa ruta a las siluetas de los roma polacos se unían a veces las de los osos, que eran su medio viviente y danzante de ganarse la vida. Pero la gente de Papusza eran arpistas y transportaban sus grandes instrumentos de cuerda derechos sobre los carros como velas desde las poblaciones lituanas del norte hasta las Tattras orientales.

El *tabor* estaba en contacto durante el viaje con otras caravanas del mismo clan que viajaban siguiendo otras rutas. Dejaban señales en las encrucijadas, un manojo de palitos atados con un trapo rojo, una rama rota en un sitio determinado, un hueso con una muesca. A estas señales los gitanos polacos las llaman *shpera* (y en todos los demás sitios *patrin* u «hoja», desde Kosovo hasta Peterborough). Los aldeanos no tocan estas señales por miedo a que sean cosas del diablo.

Así es como aprendió Papusza a leer y escribir. Cuando el *tabor* paraba por más de un día o dos (y hasta las familias nómadas tenían alojamientos de invierno en alguna parte) le daba a un aldeano adecuado un pollo robado a cambio de lecciones. Por más pollos adquirió libros, tenía una biblioteca oculta debajo de las arpas. Hoy en día incluso tres cuartas partes de las gitanas de la Europa central y oriental son analfabetas. Cuando Papusza era una adolescente, allá por la década de 1920, el que un gitano supiera leer era algo insólito, y cuando la sorprendían leyendo le pegaban y destruían sus libros y revistas. A la familia de Papusza le pareció también inadmisibles que ésta quisiera, cuando le llegó la edad de hacerlo, andar con el muchacho que tenía los ojos más negros de todo el *tabor*. La casaron a los quince años. Fue un matrimonio arreglado, con un arpista viejo y respetable, Dionizy Wajs. Era una buena boda pero ella se sentía muy desgraciada. No tuvo hijos. Empezó a cantar.

Pese a todo lo que pudiese echar de menos Papusza en cuanto a compañía o lo que perdiese de amor, lo cierto es que con Dionizy Wajs dispuso al menos de acompañamiento musical. Basándose en la gran tradición gitana de narraciones improvisadas y de canciones populares sencillas y breves, compuso largas baladas, en parte canción, en parte poema, instintivamente «representadas». Las canciones de Papusza, como la mayoría de las canciones gitanas, eran angustiosos lamentos de pobreza, amor imposible y, más tarde, anhelo de una libertad perdida. Eran como la mayoría de las canciones gitanas, igual de plañideras en el tono y en el tema: hablaban de desarraigo y del *lungo drom*, o largo camino, de ningún sitio en concreto adonde ir... y de ningún regreso.

Papusza perdió más de un centenar de miembros de su familia durante la guerra. Pero ni siquiera fue ésta la tragedia que la condicionaría. Papusza escribió en un momento crítico de la historia de su pueblo, en Polonia y (ella no lo sabía) en todos los demás sitios; se estaba acabando un tipo de vida (vivir en el *lungo drom*, vivir en el camino) y no parecía estar sustituyéndola nada identificable o soportable.

Oh, Señor, ¿adónde debo ir?
¿Qué puedo hacer?
¿Dónde puedo hallar
leyendas y canciones?
No voy hacia el bosque,
ya no encuentro ríos.

¡Oh bosque, padre mío,
mi negro padre!

El tiempo de los gitanos errantes
pasó ya hace mucho. Pero yo les veo,
son alegres,
fuertes y claros como el agua.
La oyes
correr
cuando quiere hablar.

Pero la pobre no tiene palabras...

... el agua no mira atrás.
Huye, corre, lejos, allá
donde ya nadie la verá
agua que se va.

La nostalgia es la esencia de la canción gitana, y parece haberlo sido siempre. ¿Pero nostalgia de qué? *Nóstos* significa en griego «volver a la patria»; los gitanos no tienen patria y, quizá como excepción entre todos los pueblos, no tienen ningún sueño de hogar patrio. Utopía (*ou tópos*) significa «ningún lugar». Nostalgia de utopía: regreso a ningún sitio. *O lungó drom*. El largo camino.

Quizá sea el anhelo mismo lo que se celebra, incluso un anhelo por un pasado que nunca se tuvo (es el más potente). Ese anhelo es el impulso de viajar. Pero la nostalgia de la canción gitana está cargada de fatalismo. «El día del Juicio / cerca está ya. / Que venga, / qué más da», dice el estribillo de una canción gitana serbia.

Muchos de los poemas-canciones de Papusza se ajustan a esa tradición: son más que nada destilaciones sin rostro y sumamente estilizadas de la experiencia colectiva, que han pasado por cientos de perfeccionamientos y reformulaciones. Hay unas cuantas Antígonas gitanas (muchachas que lloran a sus hermanos muertos) e hijos que, lejos de casa o en la cárcel, echan de menos a sus madres. Todo el mundo tiene un hermano. Todo el mundo tiene una madre. Todo el mundo tiene una tragedia. Es imposible saber el origen o la época de la mayoría de las canciones por sus letras, porque hablan de la *čaćimos* (verdad) universal e invariable de un pueblo que vive como mejor puede, fuera de la historia.

La *œuvre* colectiva del puñado de poetas romaníes que están hoy en activo presta testimonio de una tensión no superada entre la fidelidad a la tradición popular y la tentativa individual, acompañada de un leve sentimiento de culpa, de cartografiar la propia experiencia. Papusza recorrió ya, cuarenta años atrás, ese camino que lleva de lo colectivo y lo abstracto a un mundo privado, detalladamente considerado.

Sus grandes canciones, que ella a veces titulaba sólo *Canción salida de la cabeza de Papusza*, son, en su propia voz singular, un estilo que es en su mayor parte algo todavía inaudito en la cultura gitana. Papusza escribió y cantó sobre lugares e incidentes específicos. Dio testimonio. Una larga balada autobiográfica de cuando se escondían en los bosques durante la guerra se titula simplemente *Lágrimas de sangre: lo que pasamos bajo los alemanes en Volhynia en los años 43 y 44*. No escribió sólo sobre su propia gente y la vaga amenaza del mundo *gadzikane* (no gitano); escribió también sobre los judíos con los que su gente compartió bosques y destino; escribió sobre «Ashfitz».

El poeta polaco Jerzy Ficowski vio cantar a Papusza, por casualidad, en el verano de 1949, y apreció inmediatamente su talento. Empezó a recoger y transcribir los relatos que ella había copiado con gran esfuerzo en romaní, escribiendo fonéticamente en el alfabeto polaco. En octubre de 1950 aparecieron varios de los poemas de Papusza en una revista llamada *Problemy*, junto con una entrevista a Ficowski del distinguido poeta polaco Julian Tuwim. Se habla en ella de los males del «vagabundeo» y la pieza termina con una traducción al romaní de la *Internacional* comunista. Ficowski, autor de lo que sigue siendo el libro más importante sobre los judíos polacos, se convirtió en asesor sobre «la cuestión gitana». La primera edición de su libro incluye un capítulo titulado «El buen camino», que (aunque omitido en ediciones posteriores y quizá incluido sólo como una condición para su publicación) respaldaba la política gubernamental de asentamiento de los menos de quince mil gitanos polacos que habían sobrevivido a la guerra. Ficowski cita a la propia Papusza como un ideal e indica que sus poemas podrían utilizarse con fines de propaganda entre los gitanos. «Su mejor periodo de creación poética fue hacia 1950 –indicaba Ficowski–, poco después de abandonar la forma de vida nómada.» Pese al hecho de que sus poemas constituyen una elegía de esa vida (confiscada más que abandonada), Ficowski, en su papel de apologeta de la política oficial de sedentarización forzosa, aseguraba que ella era «partícipe y portavoz» en pro de aquellos cambios.

El nuevo gobierno socialista de la Polonia de posguerra aspiraba a



Karol Siwak, violinista de la *kumpania* de Papusza, 1949.

edificar un Estado nacional y étnicamente homogéneo. Aunque los gitanos constituían aproximadamente el 0,005 % de la población, «el problema gitano» se consideró una «importante tarea de Estado», y se creó una Oficina de Asuntos Gitanos bajo la jurisdicción del Ministerio de Asuntos Interiores... es decir, de la policía. Estuvo funcionando hasta 1989.

En 1952 se puso en práctica también un amplio programa para hacer efectivo el asentamiento de los gitanos: recibió el nombre del Gran Alto (aunque ese objetivo no se alcanzó en Polonia hasta finales de los años setenta, cuando cesaron definitivamente los viajes, al menos en carromatos). El plan formaba parte de la moda febril de «productivización», que, con sus disposiciones bien intencionadas de asistencia social, impuso en realidad una nueva cultura de dependencia a los gitanos, que siempre se habían opuesto a ella. Acabaría adoptándose una normativa similar en Checoslovaquia (1958), en Bulgaria (1958) y en Rumania (1962), al tomar impulso la moda de la asimilación forzosa. Mientras tanto en Occidente empezó a imponerse la tendencia legislativa contraria, un nomadismo forzoso, pero con objetivos idénticos. En Inglaterra, por ejemplo, una ley de 1960 convertía «hacer un alto» en una infracción punible para los «viajeros»: el propósito era hacerles *asentarse*.

Los reformadores, Ficowski incluido, estaban convencidos, sin duda, de que medidas de ese género mejorarían notablemente la vida difícil de los gitanos: la educación era la única esperanza para una gente que vivía «fuera de la historia»; y el asentamiento traería consigo la posibilidad de una educación.

Pero nadie ha pensado nunca en preguntarles a los propios gitanos. Y ésa es la causa de que hayan fracasado todas las tentativas de asimilación. Ficowski, a diferencia de los elaboradores de planes menos próximos a la fuente, «se remitió» a los gitanos que había llegado a conocer: sobre todo a Papusza. Y dos meses después de la aparición de los poemas de ésta en *Problemy*, un grupo de «enviados» gitanos le hicieron una visita y la amenazaron.

Los gitanos no tardaron en incluir a Papusza entre los culpables de la campaña para acabar con su modo de vida tradicional. De nada le valieron su talla como poeta y como cantante ni el amor hacia su pueblo, expresado en décadas de trabajo. Papusza había hecho algo imperdonable: había colaborado con un *gadjo*.

Nadie me comprende,
sólo el bosque y el río.
Aquello de lo que yo hablo
ha pasado todo ya, todo,
y todas las cosas se han ido con ello...
Y aquellos años de juventud.

En realidad a Papusza la habían interpretado mal (y utilizado) las dos partes. Intentó desesperadamente recuperar la autoría de sus propias ideas, de sus canciones. Abandonó precipitadamente su hogar de la Silesia meridional y acudió al Sindicato de escritores polacos a pedir que interviniera alguien. La rechazaron. Fue a Ossolineum, la editorial que estaba preparando para su publicación inminente el libro de Ficowski, que incluía poemas de ella. Nadie conseguía entenderla. ¿No estaba contenta con las traducciones? ¿Había que hacer revisiones finales? Papusza regresó a casa y quemó toda su obra (unos trescientos poemas) que había empezado a consignar por escrito con el estímulo entusiasta de Ficowski. Luego escribió una carta a éste rogándole que paralizara la publicación, aunque hasta en ella daba muestras de su resignación, de ese fatalismo básico de la canción gitana. Si publicas esas canciones me desollarán viva –le decía–, mi gente quedará desnuda frente a los elementos. Pero quién sabe, quizá me crezca otra piel, quizá una más bella.

Después de la publicación de los poemas Papusza fue sometida a juicio. La citaron ante la máxima autoridad de los roma polacos, el Baro Shero, Gran Jefe o anciano. Después de una breve deliberación se la declaró *mabrime* (o *magherdo* entre los roma polacos), impura: el castigo era la exclusión irreversible del grupo. Papusza pasó ocho meses en un hospital psiquiátrico de Silesia; luego, durante los treinta y cuatro años siguientes, hasta su muerte (en 1987), vivió sola y aislada (hasta Ficowski cortó la relación con ella, quizá con el propósito de no perjudicarla más). Su propia generación la rehuyó y la siguiente no la conoció. Se convirtió en su nombre: una muñeca muda y desechada. Salvo un breve periodo a finales de los años sesenta, en que salió a la luz con algunos de sus mejores poemas, Papusza nunca volvió a cantar.

Ficowski, en una edición revisada de su gran libro *Los gitanos de Polonia*, publicada en 1984, hace una valoración de los resultados de la

campaña del Gran Alto. «Los gitanos no llevan ya una vida nómada y el número de analfabetos ha disminuido considerablemente.» Pero hasta estos progresos eran limitados porque las muchachas gitanas seguían casándose a los doce o trece años de edad y porque «en los poquísimos casos en que los individuos adquieren una formación adecuada, tienden normalmente a abandonar la comunidad gitana». En realidad los resultados fueron desastrosos: «La oposición a los viajes de los artesanos gitanos, que habían llevado su actividad de hojalateros y herreros hasta los más remotos rincones del país, empezó a provocar gradualmente la desaparición de [...] la mayoría de los oficios gitanos tradicionales.» Y por último, «una vez perdida la posibilidad de ejercer profesiones tradicionales prácticas, el medio principal de ganarse la vida pasó a ser [para muchos gitanos] expoliar al resto de la sociedad». Había pues realmente algo de lo que sentir nostalgia. La sabiduría llega demasiado tarde. El búho de Minerva vuela al oscurecer.

Que un tosco experimento demográfico terminase en el desarraigo y la miseria no es ni sorprendente ni discutido; pero el encierro en la palabra hablada puede haber tenido el resultado opuesto. El lenguaje (y cada vez más el lenguaje escrito) es la piedra angular de la identidad y la emancipación gitanas modernas.

No hay propiamente una palabra en romaní que exprese la idea de «escribir» o la de «leer». Los gitanos toman prestado de otras lenguas para describir estas actividades. O también, y es aún más revelador, usan otras palabras romaníes. *Chin*, o «corte» (como en la talla), significa «escribir». El verbo «leer» es *gin*, que significa «contar». Pero la expresión habitual es *dav opre*: *dav opre* significa «yo entrego», y así la frase puede traducirse «leo en voz alta». No describe el leer para uno mismo; eso no es algo que hagan los gitanos en general. Asimismo, *drabarav*, una versión de «leo» utilizada por los gitanos macedonios, significa tradicionalmente leer en el sentido específico de leer el destino en la palma de la mano. Y en Albania los gitanos pueden decir *gilabav* para decir «leo», aunque signifique en principio «canto».

Un *gilabno* es un cantor o un lector; un *drabarno* (o más a menudo un femenino *drabarni*) es alguien que lee o que adivina el futuro pero también que entiende de hierbas, lo que equivale a curandero. Se trata de innovaciones recientes; muestran lo que el lenguaje escrito significa para un pueblo históricamente analfabeto. Y es en la Papusza de Ficowski en quien tienen que pensar primero todos esos cantores-lectores.



Papusza, 1949.



Polonia, 1963.

Los esfuerzos de Ficowski, como los de Papusza, no se han visto compensados por la gratitud. Los gitanos polacos cultos, como el etnógrafo Andrzej Mirga (que ha revivido a Papusza después de su muerte en una película y en una serie de conciertos, que incluyeron actuaciones de la Metropolitan Opera de Nueva York), reconocen la importancia del trabajo académico de Ficowski, pero siguen considerándole un traidor.

El rechazo de los gitanos a las propuestas del gobierno (y de la propia Papusza) no procedía de ningún «deseo de libertad» primigenio. Hacía muy poco que había acabado la guerra y muchos gitanos tenían vívidos recuerdos de entrevistas con los *gadje*. Los nazis fueron unos etnógrafos de lo más concienzudo. Recopilaron más de treinta mil genealogías gitanas. Midieron cráneos, recogieron muestras de sangre y anotaron colores de ojos.

Actualmente la gran mayoría de los gitanos saben poco o nada de la compleja y malévola documentación sobre un considerable grupo de ancestros suyos, que dio la casualidad de que vivían en territorio alemán; pero se trata aun así de un legado que influye en la memoria viva de los gitanos en todas partes. La opinión apasionada de la mayoría de ellos sigue siendo que los *gadje* son peligrosos, que no son de

fiar y que hay que evitar todo trato con ellos, salvo para cuestiones de negocios, en pro de la supervivencia del grupo. De hecho se considera que los *gadje* están, en el sentido más general, *mahrime*: contaminados. Establecer con ellos relaciones innecesarias es arriesgarse a una contaminación.

Aunque es cierto que tanto en Polonia como en todas partes hay cada vez más matrimonios mixtos entre gitanos y *gadje*, como señaló Andrzej Mirga (que está casado con una *gadji*), «a nuestras madres no las hace felices esta tendencia». No tienen por qué preocuparse: los matrimonios mixtos en vez de contribuir a la desintegración del grupo o a que el mundo del *gadjo* los asimile, amplían el linaje. Los hijos de estas uniones, como los mulatos y mestizos en otras partes, son considerados gitanos por todo el mundo, y como eso exactamente los habrían clasificado los nazis.

La reacción de algunos gitanos lamentablemente poderosos a la colaboración Papusza/Ficowski quizá revele más sobre la vida gitana que la masa de datos que reunió él tan diligentemente. Pone al descubierto el valor gitano más fundamental: el de «nosotros contra el mundo». Aunque la creencia de que deberían mantenerse como un pueblo separado no se base en un precepto teológico, esa visión del mundo, codificada en centenares de leyes no escritas y en supersticiones que imponen una purificación simbólica, no es diferente a la del Talmud: «No te precipites en los juicios, forma muchos discípulos y haz un seto para la Torá.» Los gitanos, aún más presionados, no pretenden más que levantar un seto.

«Nunca aprenderás nuestra lengua», me dijo orgullosamente un activista gitano (y profesor de romaní) en un autobús en Bucarest. No quería decir que yo no tuviese buen oído. «Por cada palabra que hayas anotado en tu cuadernito, tenemos otra... un sinónimo, que utilizamos y que tú no llegarás a conocer jamás. Bueno, sí, podrías aprender esas palabras, pero nunca llegarías a saber usarlas ni a conocer los matices que tienen. Nosotros no *queremos* que tú sepas. Tendrías que haber sido una *chey* [chica] romaní.»

Este profesor, uno de los nacionalistas romaníes más destacados, dedica una energía fantástica a poner al descubierto y combatir el racismo antigitano. Pero, a pesar de ello, estaba reforzando en aquel autobús una de las calumnias más antiguas: que el romaní no es propiamente un idioma, sino una jerga de ladrones. Esa contradicción nos pone al descubierto un problema que es característico del movimiento de emancipación gitano actual: es evidente, que el propio exo-

tismo ha formado parte del seto, y es comprensible que haya sido así. (Y también la ironía: como en el Talmud, las propias capas de leyes constituyen el seto; entre los gitanos, los que han participado en relaciones sexuales ilícitas se dice que han «ido detrás del seto».)

Pero junto al exotismo ha habido siempre imitación (o adaptación). A partir de 1989 empezaron a aparecer los primeros partidos políticos gitanos, junto con sus primeros representantes: en los parlamentos y en Naciones Unidas. Los poetas gitanos publican hoy sus obras en romaní y en otros idiomas. En Rumania y en Macedonia hay programas de televisión romaníes producidos por roma; hay una primera generación de directores de periódicos y revistas gitanos (uno de los mejores, dirigido por un rom de Kosovo, y publicado en Eslovaquia, se llama *Patrin*, la vieja palabra romaní que designa las señales indicadoras que los gitanos errantes dejaban a sus compañeros de viaje). Todo esto es nuevo; y la emoción es palpable. Pero hay que decir también, sin menosprecio, que por debajo de la superficie las cosas no han cambiado. La llegada de la democracia no significa ni mucho menos una reordenación de las tradiciones gitanas. La sociedad secreta continúa. Su enredada espesura de prohibiciones (el seto gitano) sigue intacta.

Conferença, congreso, parlamento: éstas son algunas de las adiciones más recientes al idioma romaní. Es cierto que, hasta 1989, los gitanos del antiguo Bloque oriental no habían tenido mucha oportunidad de utilizarlas. Y esos conceptos siguen siendo extraños a la organización interna del pueblo gitano, y hasta incompatibles con ella.

Cuando los gitanos aparecieron por vez primera en Europa en el siglo XIV se presentaron como peregrinos y predecían el futuro: dos profesiones rentables en una época supersticiosa. Sus dirigentes se autodenominaban condes, príncipes y capitanes. Tales títulos, más que expresión de valores gitanos, eran una prueba más de su capacidad (infrautilizada a menudo) para adoptar jerarquías y modas locales con la finalidad de apuntalar un prestigio siempre precario. Nosotros frente a Ellos es un juego que, por el momento, aún se sigue practicando en el lenguaje de los vencedores... o de la sociedad «anfritriona».

«Nunca hagas preguntas y no uses faldas cortas.» Ése fue el mejor consejo que recibí antes de ponerme en marcha. Me lo dio un antropólogo que había hecho trabajo de investigación entre los gitanos de Madrid. «Preguntar –dijo– no es la manera de conseguir respuestas.»

Hace quince años viajé por la Europa oriental con mi abuela, que había abandonado su Hungría natal en 1905, a los dos años de edad. Recuerdo que me bajé del Orient Express en Budapest y me pregunté: «¿Qué hacen aquí todos estos indios?» (Aquella noche, y todas las demás noches en Hungría, los identificamos como gitanos, tríos de gitanos que tocaban sus violines mientras comíamos nuestro *gulasch*.) Durante las revoluciones de 1989 me pregunté de nuevo qué estarían haciendo aquellos «indios». Aunque los periódicos nunca los mencionaban, yo tenía la idea de que mostrarían al mundo expectante qué clase de democracias traería a la Europa oriental la insurrección.

Antes de que hubiese llegado a conocer a un gitano, yo ya sabía que había doce millones de ellos viviendo en diáspora por todo el mundo, que unos ocho millones de ellos vivían en Europa, principalmente en la Europa oriental, y que eran la minoría más grande del continente. Sabía que, en una región con una tasa de natalidad estática o negativa, los gitanos se estaban reproduciendo en una cuantía intimidatoriamente grande. Duplicarían su número en diecisiete años, según las previsiones. Estaban siendo utilizados ya como los chivos expiatorios más a mano para todos los males de las tambaleantes sociedades comunistas en lenta transición. Sabía también que habían muerto en el Holocausto cientos de miles de gitanos. Y que volvía a haber pogromos en la Europa oriental. Václav Havel, sabiendo la violencia creciente a la que se enfrentaban, había dicho que «los gitanos son una prueba decisiva no de si existe una democracia, sino de si existe o no una sociedad civil». Era bastante evidente que los problemas específicos que planteaban los gitanos en cada uno de aquellos estados en quiebra estimularían las energías del nacionalismo. La mayoría de los gitanos son analfabetos, están parados y carecen de vivienda adecuada. Su media de vida es aproximadamente un tercio de la de sus compatriotas. (Y los gitanos de la Europa oriental no son los únicos vulnerables: el 70 por ciento de las familias gitanas de Italia pierden un hijo como mínimo, mientras que entre los gitanos irlandeses la mortalidad infantil es tres veces mayor que la media nacional.)

Yo sabía todo esto. Pero no sabía, por ejemplo, que a los gitanos les ofendía la visión de las rodillas femeninas. Y no había imaginado que pudiesen no querer repudiar todos los estereotipos malévolos y calumniosos, que pudiesen negarse en redondo a contar su historia. «Nunca hagas preguntas...»

Los gitanos mienten. Mienten muchísimo... más a menudo y con más inventiva que otras gentes. No entre ellos, sino a los *gadje*. Aun

así, no hay mala intención. Mentir es, en conjunto, una cosa alegre. Se adornan las cosas para proporcionar placer. La gente quiere contarte lo que piensa que quieres oír. Quieren divertirse; quieren divertirse; quieren que pases un buen rato. Es algo que excede a la hospitalidad. Es arte.

El mentiroso (o podríamos decir, sin eufemismos, el fabulista) puede creer también que la versión revisada es más verdadera. Y puede ser así: más verdadera en el sentido de más vívida. Pero las mentiras, claro, están también destinadas a engañar. En realidad el engaño, cuanto más amable mejor, se considera un deber. «Nosotros no queremos que sepas», había dicho el profesor de romaní. Y de lo que estaba hablando en realidad era de supervivencia.

Las relaciones entre gitanos y *gadje* no han sido siempre tan desesperadas como son ahora. Tuvieron algunos secretos en común: hubo muchos gitanos en la Resistencia durante la Segunda Guerra Mundial. Y antes del advenimiento de los matrimonios mixtos hubo siglos de simbiosis profesional, por ejemplo entre campesinos y artesanos. Pero su supervivencia ha dependido del secreto durante un milenio: de disfrazar y desfigurar, de mantener ocultas costumbres y ambiciones, de enterrar el pasado... de mentir. Los gitanos siempre han sido guerrilleros.

Cuando regresaba a casa después de un mes en Bulgaria o un verano en Albania, la gente me preguntaba si los gitanos entre los que había estado me habían aceptado. Podía decir que sí. Me recibieron muy bien, con una generosidad ruinosa para ellos. Mis hermanos gitanos defendieron mi honra incluso sin que yo supiera que había sido mancillada. Me he sentido completamente segura entre ellos. Mi madre gitana me llamaba *chey*, hija. Pero no se me permitió nunca preparar comida, trabajar, contribuir como lo haría una hija. En una comunidad no se me permitió ni siquiera lavarme: ese deber se delegó en las jóvenes de la familia. Lo más frecuente era que comiese con los hombres, no con las mujeres y los niños, que rebuscaban todo lo que no habíamos tocado nosotros. Yo sabía que siempre sería una *gadji*, alguien ajeno a su historia.

Los secretos sólo se pueden mantener, claro está, por consenso y fidelidad. Papsza fue condenada a una muerte en vida por una connivencia real o imaginaria con los *gadje*. La dura ley de los gitanos (que contradice tan cruelmente el estereotipo romántico del espíritu libre romaní) prohíbe la emancipación de los individuos en aras de la preservación del grupo. Y operaba con la misma frecuencia un desas-

troso elemento de imitación: a Papusza la llamaron soplona, lo mismo que se ha tildado en Occidente a los gitanos de confidentes y espías a lo largo de su historia. La expulsión de Papusza es un ejemplo de las propias exigencias de conformismo asociadas más habitualmente con los *gadje*.

El milagro es que los gitanos hayan podido evitar como grupo una asimilación que ha significado siempre una rendición. Aunque Papusza en concreto fuese sacrificada, sobrevive también... gracias al *gadjo* Ficowski. Puede que Papusza estuviese ya condenada antes de conocerle... condenada por no tener hijos y por las mismas cosas que han llegado a parecer liberadoras a un grupo creciente de roma: por cantar con voz propia y no sólo por el grupo; por escribir las cosas.